

Concurso de Literatura 2020
1º Mención Especial – Cuento Matriculados



DIEGO JAVIER PÉREZ

Dos contadores

I

Colgó el teléfono con suavidad obligada. Suspiró profundamente, pero no pudo evitar una furia atroz. Se levantó y sin pensarlo le dio una patada a una pelota que su hijo había dejado abandonada en el living. La fuerza del golpe la hizo impactar sobre una repisa donde su mujer exhibía sus adornos favoritos y él una daga que había sido de su abuelo. La mayoría de los adornos se hicieron añicos en el suelo. No le importó. Sus pensamientos solo giraban en torno al mismo asunto: ¿Cómo salir de la situación que padecía?

Máximo Lapegüe era Contador Público. Se había recibido con un muy buen promedio en la Universidad local 15 años atrás. Siempre supo que quería tener su propio Estudio Contable. Comenzó la carrera a los 18 años y al poco tiempo obtuvo su primer trabajo como cadete administrativo en la oficina de un Contador de mediana edad con quien al principio congenió. El tiempo fue pasando y él fue avanzando en los estudios dentro de los plazos previstos, hasta que finalmente se graduó. Sin embargo, ese avance año a año en la carrera no iba de la mano con ningún ascenso en el Estudio en el que trabajaba. Ya habían pasado dos años de recibido y todavía seguía siendo el cadete administrativo, aunque ahora de lujo. La relación con su jefe ya no era la misma, se había desgastado por muchos motivos que había optado por olvidar.

El día en que su primo le dijo que tenía un amigo poseedor de una empresa de mediana envergadura que necesitaba un contador para llevar sus asuntos, Máximo supo que nacía el Estudio Lapegüe y Asociados. Renunció a su trabajo y se despidió de su jefe con indiferencia. Pasado pocos meses, con sus primeros honorarios y los escasos ahorros con que contaba, pudo alquilar y equipar una pequeña oficina céntrica y con ella y un buen cliente en cartera, vio cumplido su sueño de tener su propio Estudio Contable. Un nuevo y desafiante camino a recorrer se le presentaba.

En un primer momento, ese primer cliente significó un importante crecimiento en el patrimonio de Máximo. Le permitió en un plazo relativamente corto poder adquirir su departamento, donde luego de un noviazgo soñado y del casamiento lógico se mudó con Verónica y vivía ahora con su hijo Matías. La incorporación de nuevos clientes –de menor escala- lo ayudaron a tener un buen pasar durante algunos años, cuando se hizo de su primer auto y se dio varios gustos. Todo lo que había soñado ya era una realidad. Y era una realidad justa: El contador Lapegüe era un hombre muy trabajador, un profesional responsable y dedicado y sobre todo alguien para quien la ética era el norte al que siempre debía uno de dirigirse.

Pero un día todo cambió. La Argentina y sus crisis. Máximo perdió SU cliente. El mismo al que le había dedicado horas y horas de trabajo y sudor. Pero la empresa tuvo que cerrar y sus servicios ya no fueron necesarios. Desde ese momento todo fue cuesta arriba. Otros clientes también lo abandonaron. Fueron meses desesperantes. Los ingresos que percibía apenas alcanzaban para el día a día. Tuvo que vender su auto. Máximo la fue peleando como pudo hasta que un día su primo –su bendito primo- otra vez le acercó el contacto de un potencial cliente que

buscaba un contador. Se entrevistó con él, un dueño de una cadena de peluquerías, y si bien sintió un rechazo instantáneo a la forma prepotente con que se desenvolvía, su situación económica apremiaba y tras acordar unos honorarios aceptables, comenzó a llevarle la contabilidad y los impuestos.

Al poco tiempo la situación del país comenzó a mejorar e incorporó otros clientes, pero su principal ingreso provenía de la cadena de peluquerías del señor Otto. En esa época también la legislación tributaria se hizo cada vez más engorrosa y difícil de interpretar. Surgían como maná del cielo infinidad de regímenes de información y caprichosas resoluciones del fisco. Aparecían nuevos impuestos tan difíciles de liquidar como hacer un gol de media cancha con los ojos vendados. La liquidación de sueldos era una tarea imposible: los cálculos se tornaron en cuentas complejas como fórmulas de Einstein para determinar sumas remunerativas y no remunerativas o descuentos a los empleados. Llevar los libros contables también era dificultoso y para colmo, cualquier censo, pedido de información o normativa tan inédita como extravagante que emitiera cualquier organismo gubernamental recaía bajo su responsabilidad, aun cuando no estaba dentro de sus tareas o no tenía en algún caso relación con su profesión. Muy pronto Máximo se encontró trabajando solo hasta cualquier hora de la noche de todos los días. Contratar un empleado no era posible por el momento. Todo el peso del estudio recaía en sus espaldas. Y el Señor Otto le exigía siempre más. No había vacaciones ni feriados para él. Casi vivía para él. El honorario que le pagaba le daba derecho a todo, incluido el eventual maltrato y la explotación profesional.

Y así fueron pasando los años. Máximo no pudo conseguir otros clientes importantes para deshacerse del Señor Otto y sus peluquerías. Notaba que con el tiempo su personalidad positiva y alegre muy a su pesar se había hecho más amargada y agresiva. A esto se sumó la muerte de su padre y una crisis de pareja con su mujer que tenía en jaque a su matrimonio. Ese día que colgó el teléfono con suavidad fingida había soportado otro trato agresivo del Señor Otto por haber arrojado su declaración jurada de ganancias doscientos mil pesos más de saldo a ingresar que lo que estaba dispuesto a pagar. Le pidió a Máximo que dibujara los números y el Contador le dijo que no lo haría. Ya había realizado algún arreglo menor en los números de la contabilidad de las peluquerías, pero no estaba dispuesto a llevar a cabo ninguna maniobra que pudiera bajar el impuesto en la cifra que el señor Otto pretendía. Iba en contra de su ética, que pendía ya de un hilo muy delgado, pero al que aún se aferraba con fuerza. Sabía entonces que pronto se quedaría sin su principal cliente y tenía que hacer algo... Fue entonces que lo recordó. Y lo recordó con furia y desagrado.

II

En su época de cadete administrativo, su jefe tenía una empresa propia de la cual hacía todos los números, pero requería de la firma de un auditor que no fuera él, ya que aun en un país como la Argentina, hay formas que deben cuidarse. - “Andá a esta dirección y llevá dos copias del balance. Te va a atender el Contador Norman y los va a firmar en el momento. Después que te los firme dale este sobre con sus honorarios” - le dijo su jefe un día. A Máximo el pedido le pareció extraño. En su

inocencia juvenil le hacía ruido que le firmaran sin más trámite un balance en el momento. Pero dejó sus dudas de lado y viajó a la dirección indicada.

Al llegar se encontró con un imponente –aunque antiguo- edificio cerca del parque de Las Rosas. Tocó el timbre y fue invitado a subir. Lo recibió una mucama en un amplio piso 9 y lo condujo al living, donde debía aguardar la llegada del Contador Norman. Máximo se asomó al amplio ventanal y miraba con fascinación el hermoso parque.

- Buenas tardes pibe, -dijo una voz confiada.

Máximo se dio vuelta y se encontró por primera vez con el Dr. Norman. Era un hombre de aproximadamente 60 años, mal llevados. Algo canoso y con anteojos gastados. Su vestimenta desalineada contrastaba notablemente con el lujo y el orden de su departamento.

- ¿Tenés algo para que firme no?. -Dijo con naturalidad. Máximo se acercó y sacó de su mochila los balances. Norman buscó los informes de auditoría y los firmó. No leyó nada. No preguntó nada. Los devolvió enseguida y se quedó mirando a Máximo. Él sabía lo que quería y le dio el sobre que Norman no abrió, limitándose a guardarlo en un cajón de un viejo escritorio en su living.

- Mandale a tu jefe un saludo grande. Disculpame que no te invite a tomar nada, pero hoy tengo turno con el médico y me tengo que ir. Que te vaya bien pibe.

El futuro Contador Lapegüe salió del edificio con una mueca de fastidio. “Este hombre deshonra la profesión, no tiene ninguna ética, como puede ser” pensó. Y decidió que quería olvidarse de su existencia.

Pero un año después, su jefe necesitaba nuevamente la firma de un auditor en sus balances. Y Máximo fue enviado nuevamente a la casa del Dr. Norman. Todo estaba como en su anterior visita. El tiempo no había pasado. Si lo apuraban, hasta podría haber asegurado que llevaba la misma ropa. Esta vez Norman lo invitó a un café que Máximo aceptó gustoso porque era un día de mucho frío. Le empezó a contar anécdotas de su vida como si lo conociera desde siempre y se sintió a gusto por un rato escuchándolas. De repente dijo que iba a buscar algo que le quería mostrar y volvía. Al minuto apareció con dos manojos de 10 cm de altura de tarjetas sujetas con bandas elásticas. Las puso arriba de la mesa y dijo sonriente:

- Estas son todas las empresas y estudios con los que trabajo.

Máximo se quedó atónito. No podía creer lo que veían sus ojos. Empezó a estimar mentalmente las tarjetas que había en cada pila y a multiplicar por el honorario más bajo que se le podía ocurrir. El resultado de la cuenta lo afligió profundamente y notó que enfurecía. Le dio los balances para firmar. La ceremonia se repitió con la misma celeridad que el año anterior y Máximo saludó a Norman y se fue. Si la vez pasada le molestó la falta de ética de este contador, ahora le provocaba una ira difícil de contener la facilidad con la que obtenía dinero y la falta de vergüenza que demostraba al contarlo, ya que le había mostrado a Máximo las pilas de tarjetas con gran orgullo.

Luego vino la renuncia a su trabajo y Máximo nunca más volvió a ver al Dr. Norman. Y lo olvidó. Pero ahora su recuerdo había irrumpido en su mente tan rápido como un relámpago se deja ver en el cielo tormentoso. Tantos años trabajando como un perro, sin descanso, haciéndose mala sangre, con un estrés constante y progresivo, con tiempo dejado de dedicar a su mujer y su hijo, sin poder volver a progresar económicamente, teniendo que soportar el autoritarismo y los maltratos del señor Otto, relegando su anhelo de destacarse profesionalmente, obviando practicar deportes y otras actividades que le encantaba hacer, respetando el código de ética y ejerciendo la profesión con honestidad ejemplar, y todo eso para no tener nada, para vivir con lo justo, mientras el mediocre contador Norman se llenaba de plata sin hacer nada más que firmar unos balances que ni siquiera leía.

Máximo sintió que la furia lo envolvía como la última vez que había visto a Norman hacía más de 15 años y pensó que era tiempo de volver a visitar a su ahora colega y poner las cosas en su lugar...

Se puso uno de sus mejores trajes y colocó los dos instrumentos, uno en cada bolsillo del saco. Manejó hasta las cercanías de la casa de Norman sin dejar de pensar en lo que iba a hacer, un acto de justicia en todo caso, y estacionó el auto cerca de una esquina. Bajó y contempló por un rato el Parque de Las Rosas: lo encontró bello, lleno de árboles majestuosos y de flores magníficas. La gente paseaba por sus anchos senderos y los niños jugaban alegres en los modernos juegos. Por un instante casi se olvidó de lo que se había propuesto hacer y estuvo cerca de sentarse en uno de los bancos a disfrutar la tarde. Pero rápidamente volvió a enfocarse en su objetivo.

Había buscado en google unos días antes datos sobre Norman. Confirmó que aún vivía y que conservaba el mismo domicilio. Debía tener unos 75 años aproximadamente.

Máximo se encaminó decidido al edificio. Tocó el timbre del noveno piso. Nadie atendió. Volvió a tocar al cabo de un minuto. Se escuchó la voz de un anciano:

- ¿Quién es? –preguntó.

- Buenas tardes, estoy buscando al Contador Norman –contestó Máximo.

- Soy yo, ¿Quién es?

- Soy el Contador Máximo Lapegüe, no sé si me recuerde. Hace muchos años yo venía de parte del Contador Merlino a alcanzarle unos balances para su “análisis”- (esta palabra la pronunció con calculada ironía).

- Mucha gente me venía a ver, no te recuerdo –dijo Norman algo molesto.

- Un día me invitó café y me mostró dos pilones de tarjetas. ¿Recuerda?...

Se hizo un silencio que a Máximo le pareció eterno y entonces Norman dijo:

- ¿Sos vos pibe? Sí, ahora me acuerdo. ¿Qué haces por acá?, No me digas que tenes algo para que te firme...

El comentario exasperó a Máximo, pero contuvo su malestar y dijo:

- Esperaba poder molestarlo 5 minutos, estoy haciendo un trabajo de investigación profesional para presentar en un congreso y me vendría bien hablar con un contador de su experiencia...

Sintió en el aire la duda en Norman. Por un momento deseó que le dijera que ahora no podía atenderlo y poder marcharse de ahí, pero la voz del corrupto contador indicó:

- Subí pibe.

Sonó el timbre de la puerta de calle, Máximo entró y subió al ascensor. Ya no había vuelta atrás.

Norman le abrió la puerta. Máximo observó cómo los años le habían pasado factura. Se lo notaba levemente encorvado, caminaba con bastón y su pelo se había vuelto totalmente canoso. Era un hombre frágil. Se sentó en la misma silla en la que había charlado con él tantos años atrás.

- Sentate pibe, perdón, Contador. Ahora somos colegas, ¡Cómo pasó el tiempo! Disculpá que no te ofrezca nada, pero mi mucama se fue sin aviso hace unos días y desde entonces me las tengo que arreglar solo. Trato de moverme lo menos posible porque me cuesta caminar. Pero lo importante todavía funciona –dijo con picardía señalando con el dedo índice su sien derecha.

- Quédese tranquilo Dr. Norman. No le voy a robar mucho tiempo.

El momento había llegado. Máximo inspiró profundo y comenzó a hablar con firmeza:

- Quiero que sepa que usted para mí es una deshonra a la profesión. Hace años cuando era estudiante y venía a verlo para que firmara los balances, su conducta

me causaba repulsión. Su falta de ética me parecía un insulto hacia tantos contadores que ejercían su profesión con seriedad, responsabilidad y hasta con pasión y que tenían que invertir muchas horas de trabajo para ganar el dinero que usted obtenía inescrupulosamente en segundos y sin ponerse colorado.

Norman lo miraba fijamente, pero su semblante sereno no había cambiado. No sabía si se trataba de una broma o si Lapegüe le hablaba en serio. Máximo continuó:

- Al graduarme tuve un gran comienzo con mi propio Estudio. Tuve un buen cliente y me fue bien por unos años. Pero usted sabe el país complicado en el que vivimos...

Máximo se paró de repente y se acercó a Norman. Éste se sobresaltó. Estaba comenzando a notar que el “pibe” estaba nervioso, y sospechaba que se traía algo entre manos. Comenzó a asustarse. Máximo continuó su discurso, ahora con un tono de voz más elevado y amenazador:

- Se la voy a hacer corta. Perdí ese cliente y estuve varios años viviendo con miedo a no llegar a fin de mes, desesperado por no poder encontrar ingresos para poder vivir de mi trabajo con dignidad. ¿Usted nunca vio recortado sus ingresos no? Luego conseguí otro cliente que me ayudó a salir adelante, un explotador de chequera en mano que me hace la vida imposible y no me deja disfrutarla. Trabajo como un esclavo para él y ni siquiera lo que me paga me permite acercarme a algo de lo que usted gana por mes sin ningún esfuerzo. ¿Qué injusto no le parece?.

Máximo metió las dos manos en su bolsillo. Estaba rojo como la lava. Su respiración era acelerada. Norman no podía creer lo que estaba viviendo. Pensó que estaba

frente a un loco y sintió que debía pararse para defenderse de algo que estaba por venir, pero Máximo estaba de pie tan cerca de él que por más que lo hubiera hecho su furioso colega lo habría empujado de regreso a la silla.

- Norman –dijo Máximo exaltado-, llegó la hora que usted pague por su falta de ética de tantos años... -Y con un movimiento rápido, sacó la mano de su bolsillo derecho y mostró sobre la palma de ella... ¡Un tarjetero!.

- Ya no quiero pasar mi vida trabajando como un perro para gente miserable que no lo merece. Quiero vivir bien y dedicarme a lo que me gusta con serenidad. Mi propuesta es simple: Quiero que me contacte con 50 de sus “clientes” y les diga que usted se retira y que me recomienda para seguir firmándoles los balances. Acá le dejo muchas de mis tarjetas. Si no lo hace, voy a denunciarlo al tribunal de ética de nuestro Consejo Profesional y a la justicia.

Norman se lo quedó mirando. Pensó que realmente estaba frente a un lunático. Por un momento consideró decirle que sí, pero que se iba a quedar con el 10% de cada “honorario”. Pero recapacitó al instante y se dio cuenta que ya estaba grande, que mucha cuerda no le quedaba y que estaba hecho. No iba a ponerse en riesgo de ser denunciado. Además, en el fondo siempre había sentido simpatía por el “pibe” y podía entender un poco lo que había vivido. Entonces, mirándolo fijo, le tendió la mano...

III

Máximo caminaba hacia su auto. Una mezcla de sensaciones agridulces lo embargaba. Entonces recordó su bolsillo izquierdo. Metió la mano en él y acarició

la daga de su abuelo. El solo hecho de haber considerado usarla contra Norman le dio un súbito pánico. Pero había tomado la mejor decisión.

Manejó unas cuadras hacia su casa y mientras esperaba la luz verde de un semáforo vio una casa de antigüedades en la cuadra siguiente. Tuvo el impulso irrefrenable de deshacerse de la daga, la cual estaba destinada a recordarle el resto de su vida que pudo convertirse en un asesino. Estacionó frente al negocio y la vendió por lo que le ofrecieron. Salió del local y se marchó rápidamente en su auto, sabiendo que pronto habría de cambiarlo por uno mejor. Había dejado en el negocio de antigüedades la daga de su abuelo y en la casa de Norman, su dignidad.